

"SI NO QUIEREN
SABER LA
VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"
Santa Teresita



Editado

Número 394

TERCER MILENIO

por: FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos
Casilla de Correo n° 7 - 1884 Berazategui - Pcia. de Buenos Aires - Argentina

ASÍ ERA MI FAMILIA

NOTA 2

«Yo procedo de su terruño, de una aldea. Mis padres eran pequeños agricultores. Nada ricos en bienes terrenos, pero, desde el punto de vista de los bienes del espíritu, mucho más ricos que la mayoría de los hombres. El Señor les había concedido en alta medida la gracia de conocer bien sus deberes y obligaciones de esposos y padres. Y poseían ellos la fuerza santa para cumplir en plenitud con estas obligaciones. Soy el cuarto de los hermanos. He sido testigo de cómo mi padre trabajaba día a día, año a año. Cuando todos dormían aún en el pueblo, mi padre ya se marchaba al trabajo. Y cuando las demás gentes se maravillaban de su pasión gozosa por el trabajo, solía decir sencillamente: *"tengo que esforzarme más. Tengo más hijos que vosotros"*. Yo era un niño delicado y nervioso, de modo que generalmente tardaba en dormirme por las noches. Así fui testigo de algunas cosas que mis otros hermanos no presenciaron nunca. Mi madre era la última que se iba a dormir. Y siendo yo jovencuelo, me admiraba siempre de que se pasase tanto tiempo arrodillada, rezando junto a nuestras camas de niños. Una vez que le pregunté: *"Madre, ¿por qué rezas tanto tiempo ahí arrodillada?"*, me contestó sonriendo: *"Hijo mío, tengo que rezar mucho. Vosotros habéis de ser un día buenas personas. Y yo tengo que suplicárselo al Señor"*. Gustosamente también se dirigía mi madre a la Virgen María, Madre de toda bendición. De su intercesión esperaba ella mucho. Mi madre amaba a María. No puedo recordar un solo día en el que nosotros no rezásemos todos juntos con mi madre la oración de mañana y, por la noche, la oración de noche conjuntamente con mi padre y mi madre. Y antes de ir a acostarnos nos arrodillábamos ante nuestros padres y recibíamos su bendición. ¡Qué buenos padres! Eran, sí, una gente sencilla, sin formación. Pero por lo que respecta a la formación de sus afectos y a la bondad de su corazón, bien podrían dar lecciones a muchas gentes de hoy en día... Nosotros éramos unos chicos bien dotados. Y el maestro no hacía otra cosa más que alabar nuestras aptitudes y nuestra capacidad. Un día estaba yo de nuevo intentando dormirme, privado del sueño. Y despierto como estaba, oí a mi padre en la habitación de al lado, que decía: *"Los chicos van bien en la escuela. Los dos mayores hará ya pronto tres años que van al Instituto. El párroco y el maestro insisten: tenemos que enviar también al Instituto a Andrés"*

(era el tercero de nosotros). Mi madre suspiró: *"No te preocupes, madre -decía mi padre-, el Señor nos ha ayudado siempre hasta ahora. Y hasta ahora tampoco hemos pasado hambre. Todo se solucionará, ya verás. Y hasta es posible que mejor de lo que nosotros somos capaces de imaginárnoslo con nuestro poco entendimiento. Mira, esta vez también voy a hacer yo un pequeño sacrificio: mañana encierro mi pipa en el armario, voy a acostumbrarme de una vez por todas"*. Y lo que mi padre decía una vez, eso estaba hecho. Ya entonces, con diez años, lo sabía yo muy bien. Oí cómo mi madre sollozaba. Hoy mismo no sé como sucedió, pero sí sé que salí corriendo hacia mi padre, me abracé a él, apretando sus manos callosas y dije: *"¡Padre, querido padre!"* Mi madre, luego, me devolvió a mi cama temblando como estaba y se quedó conmigo hasta que me dormí. Muchos años después comprendí los suspiros de mi madre. Mi padre, un hombre amante de su trabajo y siempre de buen humor, nunca jamás se paró a ver los obstáculos que podían presentarse y pasaba sobre las preocupaciones y sobresaltos con un optimismo a toda prueba. Nuestra madre se preocupaba mucho más, llevando sobre sí el peso principal de la familia. Ella administraba la casa. Así lo había querido nuestro padre. Qué extraño, pues, que ella, la pequeña y fina mujer, mirase a veces con un cierto desaliento y temor el futuro. ¡Qué hubiese sido si ella no hubiese poseído una confianza ilimitada en Dios, un gran amor a la Madre de las madres!... Siempre miraba mi madre a esa bendita Madre, suplicándole su ayuda maternal. Y María le socorrió. Desde esa noche, ayudaba yo a mi padre cuando me era posible, no apartándome de su lado. También los otros hermanos colaboraban en lo que podían. De ese modo, hacían las veces de una criada para nuestra madre y de un jornalero para nuestro padre. Pero ¡qué significaba nuestra ayuda comparada con la pesada carga que nuestros padres habían de llevar! Nunca he acabado de entender que nuestros padres, unos sencillos campesinos, se las arreglasen para que todos nosotros estudiásemos. Ciertamente, no hubiera sido posible sin la ayuda del cielo. En el pueblo, nuestros padres eran tenidos por unos santos. Todo el mundo los miraba con sumo respeto. Eran como los consejeros de todo el pueblo. Lo que mi padre decía, era ley en la comunidad campesina. Mis tres hermanos mayores se hicieron religiosos. El mayor murió hace cuatro años como Obispo en China. Los otros tres varones, entre los que me encuentro, llegamos a ser médicos. Las tres hermanas también se hicieron religiosas, mientras

que el benjamín de la familia se hizo organista. ¿No era todo esto, en verdad, un regalo del cielo para nuestros padres? Y un hermoso regalo del cielo fue también para mis padres su avanzada edad, su salud y frescor, y la felicidad de todos sus hijos. Y al final de sus vidas vivieron una alegría tan grande y maravillosa, que me faltan las palabras para darle una expresión adecuada... Fue hace seis años, un día de primavera en que celebraron ellos sus bodas de oro matrimoniales. En tal ocasión, todos los hermanos nos congregamos en torno a nuestros padres: el Obispo franciscano vino de China, los dos jesuitas y una hermana superiora, de Norteamérica, las otras dos hermanas religiosas, los tres médicos y el organista... ¡Qué encuentro! ¡Qué alegría! pero ¡para qué malgastar mis palabras! Y es que con palabras no cabe describir este encuentro... Todo el pueblo participó con nosotros en la celebración. Cuando nuestros ancianos padres caminaron entre sus hijos y nietos a la vieja iglesia del pueblo en el día de su fiesta, allí estaba todo el pueblo con las calles adornadas y en vestidos de fiesta -¡todo el pueblo!-. Hasta el cielo parecía participar en nuestra alegría. El sol brillaba esplendente, en un cielo suavemente azulado... Un viento suave esparcía la blanca nieve de los pétalos de las flores de los frutales por las calles del pueblo, convirtiéndolas en una alfombra de flores. Ruido de coherencia, campanas jubilosas en las alturas. Rendían pleitesía todos ellos al deber fielmente cumplido de los dos padres... a la obra de sus vidas realizada en la gracia de Dios. Embargados por tanta felicidad y tanta dicha, mis padres llegaron juntamente con nosotros a la iglesia. Nuestro hermano mayor celebró la santa misa, asistido por los otros dos sacerdotes de la familia. El hermano músico, un artista agraciado por el cielo con este don, tocaba el órgano sabiamente y en medio de todos nosotros, sus hijos e hijas, caminaban nuestros padres hacia el altar del Señor, encorvados por los años, enjutos ya, pero nobles, venerables figuras ennoblecidas por el trabajo y las preocupaciones. Todo el mundo lloraba en la casa del Señor. La comunidad parroquial estaba profundamente conmovida. Cuando, después, estuvimos en casa sentados con nuestros padres, exactamente en los mismos lugares que ocupábamos en la infancia, nuestra

madre, secándose las lágrimas de aquel rostro arrugado, dijo amorosa y sencillamente: "¡Oh Señor, es demasiada felicidad, es demasiada felicidad y no nos la merecemos!" "¡Deja -replicó mi padre-, el Señor se ha portado siempre bien con nosotros. Ahora hemos cumplido nuestra tarea en esta vida!" "Aún no - exclamó nuestro hermano mayor-. Primeramente, bendicidnos una vez más, tal como antaño lo hacíais en nuestra infancia". Y lo que entonces sucedió fue tan impresionante, que todos nosotros sollozábamos emocionados, como si fuésemos niños pequeños. Nuestro anciano padre se puso en pie, el sacerdote de la familia, brillándole los ojos, dirigidos a lo alto. Y también se puso en pie nuestra buena madre, la paciente. Ambos levantaron sus temblorosas manos para bendecirnos: "Dios os bendiga, hijos, Amén". Y nosotros estuvimos arrodillados, recibiendo su última y paternal bendición. Un año después, dimos sepultura a sus cuerpos, también en una primavera sonriente». El médico dejó de hablar, perdido en sus recuerdos. En esta familia soplaban algo del espíritu de la sagrada familia de Nazaret, para que sea ejemplo de las familias de hoy.

UNA DEVOCIÓN PARA ESTOS TIEMPOS NOTA 6

La fiesta de la cual hemos hablado está destinada a una celebración pública y solemne. Mientras tanto, la devoción a la Divina Misericordia ofrece a los fieles también algunas prácticas privadas. Entre otras, leemos que Jesús pide a Sor Faustina que se prepare a la Fiesta de la Misericordia haciendo una novena que **comience el Viernes Santo y se concluya en la vigilia del domingo después de Pascua.**

Jesús ordenó a Sor María Faustina que la rezara como preparación a la fiesta «*por la conversión de todo el mundo, para que todas las almas conozcan la Misericordia del Señor y glorifiquen su infinita bondad*» (III, 16).

Cada día de la novena comienza con una intención particular a la que va unido aquel día. Jesús mismo determinó estas intenciones. Leamos ahora el diario de Sor María Faustina (III, 57-65). Dice Jesús:

"Deseo que durante estos nueve días (desde el Viernes Santo hasta el sábado que precede el primer domingo de Pascua) lleves las almas a la fuente de mi Misericordia para que obtengan fuerza, alivio y todas las gracias que necesiten en los trabajos de la vida, pero especialmente en la hora de la muerte. Cada día llevarás a mi Corazón diversos grupos de almas y las sumergirás en el océano de mi Misericordia. Yo las introduciré en la casa de mi Padre. Harás esto durante esta vida y en la futura. Por mi parte no negaré nada a ninguna de aquellas almas que tú lleves a la fuente de mi Misericordia". Continuará

INVITAMOS A TODOS A COMENZAR SOLEMNEMENTE LA NOVENA ESTE VIERNES SANTO A LAS 15:00 HORAS EN EL SANTUARIO.

PARA RECORDAR EN ESTA SEMANA

MARZO

S. 27 San Ruperto.

D. 28 Domingo de Ramos.

L. 29 Santa Magdalena Sofía Barat.

M. 30 San Leonardo Murialdo.

Mi. 31 Beato Miguel Pro.

ABRIL

J. 1º JUEVES SANTO. ABSTINENCIA.

V. 2 VIERNES SANTO. AYUNO Y ABSTINENCIA.

Retiro Espiritual y Fiesta de la Divina Misericordia

**SANTUARIO DE
JESÚS
MISERICORDIOSO**
Calle 153 e/27 y 28
Berazategui
Pcia. de Bs. As.



DOMINGO 11 DE ABRIL

Desde las 8:00 hs. de la mañana

PROGRAMA

8:00 Hs.
Arribo de los peregrinos.
8:30 Hs.
Primera Charla.
10:00 Hs.
Oración personal.
10:30 Hs.
Segunda Charla.
12:00 Hs.
Ángelus y bendición de los
alimentos.
12:30 Hs.
Almuerzo y recreación.
14:30 Hs.
Preparación para Procesión
solemne con la Imagen Mila-
grosa.

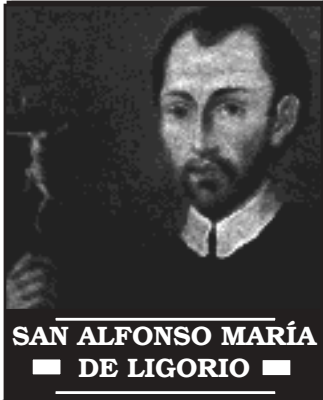
PROGRAMA

15:00 Hs.
Oraciones a Jesús Misericor-
diosos y Consagración solem-
ne.
15:30 Hs.
Salida de la Procesión.
16:30 Hs.
Regreso al Santuario.
17:00 Hs.
Suelta de globos con inten-
ciones.
18:00 Hs.
Obsequio de estampas gigan-
tes a los participantes.
19:00 Hs.
Santa Misa en la Parroquia
Nuestra Señora de Luján.

JESÚS, EN VOS CONFÍO

RETIRO ESPIRITUAL :

Inscripción gratuita **Telefónicamente** (Contestador automático) **4256-8846**
Personalmente en el Santuario (ver última página)



SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO



CONTINUARÁ

Y la ancianidad de Alfonso trajo también con los años el progreso espiritual que lo pone en el camino al Cielo. El 9 de agosto de 1779, el Vesubio hizo erupción amenazando a toda la comarca, pero la bendición de Alfonso y sus oraciones fueron suficientes para aplacarlo. Ni en sus últimos años se vio

liberado de sus dolores, especialmente los espirituales, pues debió ser testigo de las grandes divisiones en su propia congregación. Su alma sufría, pues cada miembro era querido como un hijo, pero todo esto era para su purificación final, preparando el día en que descansaría finalmente de sus tareas...

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

126 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

LA FAMILIA CATÓLICA: EL MATRIMONIO

Aporte de ambos al matrimonio:

1.- Dones adquiridos.

a) En ambos:

Amor Conyugal

Es el trato de esposo y esposa, tanto físico como espiritual. No pueden los esposos vivir como hermanos, amigos, parientes comunes, etc.

Deben ser una sola carne con la bendición sobrenatural de Dios.

Confianza mutua

Esta confianza significa fe en las mutuas promesas hechas frente a Dios y fidelidad sin concesiones a la moda o al mundo. Esta confianza produce paz en el hogar y perpetua alegría en la familia.

Acuerdos sobre el ideal

Es indispensable que se esté de acuerdo de los objetivos a alcanzar como pareja, mas allá de las decisiones personales o los mezquinos intereses particulares. La realización será de ambos luchando juntos por su ideal. Ya no existen actitudes individuales ni vida separada: todo es de ambos, por amor.

Responsabilidad

La educación cristiana de los hijos es la primera de estas responsabilidades que no puede recaer exclusivamente en ninguno de los dos sino en ambos. La etapa de vivir uno para el otro pasa con el noviazgo: es momento de ambos para los hijos y su formación como hombres y mujeres de bien. Excusarse o decir que les dan libertad por no ocuparse es una falta grave.

Espíritu de sacrificio

Las dificultades y sacrificios de la vida familiar son incontables y deben ser llevados por ambos con amor y paciencia para lograr la felicidad.

CONTINUARÁ

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...

Visite el

"SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO"

Calle 153 e/27 y 28

Berazategui

Pcia. de Bs. As.

Horario de visitas y

atención: **TODOS**

LOS DÍAS DE 15:00

A 16:00 HORAS.

...y volverá a su hogar con la Paz en el corazón...



Aquí se realizará la **FIESTA DE LA DIVINA MISERICORDIA** el Domingo 11 de Abril



El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESIÓN con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica"